
BIBLIOTECA DE «LA NACION»

CLAUDE MANCEY

LAS

SOLTERONAS



BUENOS AIRES

1909

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires.

LAS SOLTERONAS

Las páginas que se van a leer no necesitan un largo discurso para ser presentadas al público.

El título que llevan basta para hacer conocer su objeto.

Y basta también, añadiré, para revelar su actualidad.

¡Las solteras!

Existe hoy una cuestión de las solteras.

Y el autor de esta obra ha querido exponerla, o, mejor, plantearla.

Su libro—confesémoslo, puesto que es la verdad—es, ante todo, unatesis de sociología.

Si le ha dado la forma de una novela es porque sabe, como ha dicho LaFontaine, que

Una moral desnuda trae consigo el fastidio,
mientras que

El cuento hace pasar a la moral con él.

La «moral» que el autor quisiera hacer «pasar» sin «fastidio» a la mentede los lectores, es que hay en la actualidad una crisis del matrimonioy que, por consecuencia de ella, muchas existencias femeninastrascurren no sólo en una soledad dolorosa para la que las mujeres noestán hechas, sino en una semiesterilidad que viene en detrimentopúblico.

Hay en esto un mal social considerable.

A los moralistas, a los economistas y a los legisladores toca buscar yencontrar los remedios.

Toda la ambición del «Diario» que sigue es notar los signos y marcar lasmanifestaciones de ese mal.

C. M.

Aiglemont, 26 septiembre 1903

—Abuela, abuela—grité aquella mañana al salir de la cama,—felicítame,porque hoy cumpla veinticinco años...

Y, muy dichosa, me precipité como una tromba en el cuarto de la abuela,que está al lado del mío. Sorprendida por mi brusca invasión—la abuelano puede acostumbrarse a mis modales de

torbellino—la encontré enredada en las bridas de su cofia de dormir, y tratando de sujetársela en la cabeza del modo que convenía a la solemnidad de las circunstancias.

La abuela es aficionada a la etiqueta—con E mayúscula, como ella la escribe,—y, para ella, estaba yo faltando a las más elementales conveniencias al anunciarle sin más ceremonia el alba de mi vigésima sexta primavera.

¡Ay! jamás he podido aprender la calma, esa calma de las tropas veteranas de que habla sin cesar mi primo el comandante Harmel.

—¿Felicitarte?—articuló por fin la abuela, besándome con todo su corazón, mientras que su gorro se caía decididamente al suelo.—¿Felicitarte?... Verdaderamente, señora nieta, no veo por qué.

¡Adiós mi dinero!

Aquel «señora nieta» me indicaba que la aurora de mi vigésima sexta primavera iba a conocer la reprimenda de que fueron testigos sus hermanas mayores y que era preciso prestar un oído atento y sumiso a los consejos matrimoniales de la abuela.

—Sí—continuó, persiguiendo su idea y la colocación del gorro fugitivo en sus hermosos cabellos blancos,—sí, por mucho que busco, no veo nada particularmente glorioso en el hecho de tener veinticinco años.

—Abuela—respondí afectando una expresión escandalizada,—a los veinticinco años es cuando aparece solamente la segunda y durable gracia de la fisonomía...

—¿Qué estás ahí diciendo, chiquilla?—interrumpió la abuela haciendo unvisible esfuerzo para recordar el autor de esa frase conocida.

—Es una canción de Legouvé, querida abuela—si se puede llamar a esouna canción—añadí *in petto*.—Legouvé supone que hasta los veinticinco años no brilla en la mirada de la mujer el fuego de la inteligencia; que la agudeza del ingenio se revela en las narices más movibles y más acusadas; que el alma, sobre todo, el alma de abnegación y de ternura, al asomar a los labios, a la sonrisa y a las lágrimas, muestra a la mujer con todo el brillo con que Dios la ha adornado al crearla; y, enfin, que una mujer no está llena de riqueza de sentimientos y de inteligencia hasta los veinticinco años. Abuela, tú no eres de la opinión de Legouvé, confíésalo...

—En una mujer casada—respondió la abuela—todo eso puede ser verdad, pero... en una solterona...

—¡Solterona!—exclamé lanzando una alegre carcajada.—¡Qué gran error, abuela!... Soltera sí, y a mucha honra; pero solterona, jamás...

Y mostré a la abuela con el gesto la linda silueta que reflejaba el espejo del armario de familia, una silueta a lo Legouvé. Blanca y delgada, con mi gran peinador de mañana, no tenía yo verdaderamente el aspecto de una triste solterona.

Mis ojos negros no hacían pensar que yo me impacientase en las tristezas de la espera de un esposo soñado; mis cabellos indisciplinados, dematices cenicientos, no atestiguaban un carácter melancólico, y mi sonrisa no indicaba ninguna decepción del corazón.

La abuela sonrió maliciosamente sin dejar de mover la cabeza.

—Sí, sí; confieso que no has llegado todavía a la decrepitud.

—¡Decrepitud! malísima abuela, retira pronto esa fea palabra.

—¡Diablo! Una solterona...

—¡Injusto calificativo!... ¿Por qué ese epíteto de viejas en una edad en que lo somos tan poco?

—Es el uso—respondió la abuela en un tono que significaba que no había nada que replicar.—A los veinticinco años se viste la primera imagen y se entra en el gremio de las solteras, por muy joven y muy linda que una se crea. Pero la belleza y la juventud son cosas fútiles. En vez de enorgullecerte por tus cualidades físicas, cuida tu belleza moral, hijamía.

—¿A los veinticinco años?... Tú bromeas, abuela. Si mi belleza moral no está completa a la hora actual, puedes creer que es inútil que trabajen en ella. A esta edad no brotan ya esas cosas.

—Anda de ahí, chiquilla—replicó la abuela;—no eres seria.

—Vaya si lo soy—respondí.—La prueba es que ahora mismo me voy a aprender un bonito lazo rosa en la belleza moral. Verás como eso lo realza a los ojos de los mortales. Sabes, abuela, que no todo el mundo descubre la belleza moral... mientras que un lazo rosa...

—Niña mimada—suspiró la abuela,—no quieres comprender qué feliz seré yo viéndote casada con un buen marido y...

—¡Oh! abuela querida—supliqué,—soy tan feliz a tu lado... No me echés de aquí, te lo ruego...

—¡Echarte!—exclamó la abuela con infinita ternura en los ojos.—¡Echanadie a su alegría, a su rayo de sol, a su pajarillo parlero?

—No—respondí vivamente afectando un tono de broma,—no se les echa,pero se les pone bonitamente en la puerta. La cosa es igual aunque no lo parezca.

—Piensa, Magdalena, que puedo faltarte. ¿Qué sería de ti sola en la vida?

—¡Oh! abuela, no entristezcas el día de mi cumpleaños, te lo suplico.No me digas cosas tan horribles. En primer lugar, tú vivirás siempre.

—No, hija mía—respondió la abuela con una conmovedora angustia en la mirada,—no viviré siempre; no hay que hacerse ilusiones. Soy vieja, memoraré como los demás y, te lo repito, ¡qué será de ti sin parientes,sin familia allegada!...

—¡Abuela! ten piedad de mí—supliqué con lágrimas en los ojos;—déjamegozar de mi vigésimoquinto aniversario... No me obligues a pensar cosas tristes... No me hables de la muerte, y sobre todo de la tuya...

—Es, sin embargo, una ley de la Naturaleza siempre respetada y siempre obedecida—respondió dulcemente la abuela.—Tu padre y tu madre te han dejado. ¿Por qué yo, la abuela, he de ser inmortal?... Los viejos dejan el sitio a los jóvenes, y los pajarillos vuelan del nido para ir a construir otro...

—Los pajarillos sin corazón, es posible—dije dejando caer un lagrimón en la mano que la abuela me ofrecía—pero las nietas agradecidas...

—¡Bah!—respondió la abuela,—ya salió la gran palabra... Por agradecimiento querías permanecer a mi lado para cuidarme, para endulzar mis dolores, para alegrar mis últimos años. Pero yo, por deber, no quiero tal cosa. Mi deseo es que te cases y pronto. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo tu abnegación. Me has recogido a la muerte de mis padres, me has consagrado veinte años de tu vida que hubieras podido pasar más tranquilamente; y ahora te olvidas de ti misma una vez más queriendo lo que crees que es mi felicidad. ¿Estás segura de qué lo será el matrimonio?

—¡Cómo si estoy segura! Perfectamente, tontilla. No hay más que dos maneras honradas para una mujer de tomar puesto en la vida: el matrimonio y el convento.

—No comprendo por qué el celibato no es tan honroso como los otros dos medios.

—No necesitas comprenderlo—respondió la abuela con energía.—No se permanece soltera; eso no se hace.

—Entonces, casamiento o monasterio. El convento no me dice gracia—dije bajando la cabeza.—La obediencia no es mi fuerte, la pobreza me molestaría y sólo me seduce la castidad. Tales gustos son los de una solterona, pero no son una vocación religiosa. Pero el matrimonio no me seduce tampoco mucho. ¿Estás segura, abuela, de que tengo la vocación del matrimonio?

—¡Cómo disparatas, hija mía, cómo disparatas!—suspiró la abuela encogiéndose de hombros.—Cuando una mujer no está llamada a la más perfecta de las vocaciones, que es la religiosa, es que Dios la llama al matrimonio. No hay vocación del celibato. El matrimonio es indispensable para las mujeres

destinadas a vivir en el mundo. Piensa, Magdalena, que la mujer no es nada por sí misma...

—¿Nada? ¿Yo no soy más que una apariencia? Soy muy real, te lo aseguro.

—Nada en lo moral, hija mía. La mujer necesita un apoyo para sostenerla...

—Sí, vamos, una especie de tutor.

—Un protector para representarla...

—Como un paraguas...

—No digas tonterías, hija mía, hablo en serio. La mujer necesita hijos y familia; es preciso que su sensibilidad se emplee en los seres a quienes ha dado la luz. Esta es la sola dicha de la mujer y su única dignidad.

—¿Crees, abuela?—articulé pensativa.—Sin embargo, una muchacha de mediana edad que empieza a comprender la vida, y ve de qué regateos son objeto las jóvenes casaderas, no puede tener prisa por dejarse pesar como un saco de dinero. Un marido que se compra no es más tentador que un muñeco de feria. Y, todavía, se tiene el muñeco por unos cuantos centavos, mientras que el hombre...

—Sí, ya sé, ya sé—replicó la abuela distraída.—Digan lo que quieran, siempre ha sido así. Las muchachas con buen dote siempre han sido buscadas; las otras se casaban como podían. Hoy, el matrimonio no es fácil cuando no se tiene nada; pero tú no estás en ese caso. Tu pequeña fortuna y lo poco que yo te dejaré, te permiten hacer una elección honrosa. No veo nada que se oponga a tu matrimonio.

—¿Nada? ¿Y el marido, abuela, qué haces de él?

—El marido yo lo encontraré—respondió la abuela.—Eso es sencillo y fácil. Prométeme solamente ser razonable y no rechazar a ciega cualquier proyecto de matrimonio.

—Sí, abuela, te prometo tratar de hacerlo—respondí con firmeza.—Pero concédeme una gracia en cambio de esta promesa. Antes de tomar una resolución, déjame algún tiempo para estudiarme a mí misma y estudiar a los demás. Tú estás segura de que seré feliz en el matrimonio; yo lo dudo, y quisiera ver claro en mi corazón antes de decidir nada. ¿Es mucho pedir?

—No, querida—respondió la abuela con un relámpago de satisfacción en los ojos.—Tengo confianza en tu promesa. Estudia todo lo que quieras, puesto que el estudio es la manía de las jóvenes de ahora; te doy carta blanca. Vaya, vístete—añadió echando una mirada al reloj,—para que no llegues tarde a misa de ocho.

—¡Llegar tarde a misa en el día de mi cumpleaños!... No, abuela; Dios querría castigarme y sería capaz de casarme de repente...

He aquí cómo, a consecuencia de esta conversación con la abuela, he tomado la resolución de escribir de vez en cuando mi diario, a fin de darme cuenta de lo que pienso y de lo que deseo. Tengo alguna libertad para decidir mi porvenir y descubrirme la vocación del matrimonio; aprovechémosla. Hasta ahora mi vocación es más bien vaga, lo confieso. ¡Qué lástima que la abuela encuentre tan inconveniente el quedarse soltera! Creo que me estaría como un guante la vocación del celibato.

4 de octubre.

La abuela ha tomado en serio su idea del matrimonio.

Al salir de la primera misa, en la que habíamos hecho nuestras devociones—hoy es la fiesta del Rosario,—mi querida abuela me condujo vivamente hacia San José, y yo comprendí inmediatamente de qué se trataba. San José, protector de los matrimonios, es el más solicitado de los santos, a pesar de San Antonio, que empieza a hacerle una competencia temible. Todas las mamás ávidas de casar a su prole están a los pies del santo patriarca, y todas las solteras y solteras en busca de un marido le hacen una corte asidua.

Al salir de la Catedral quise darme el placer de parecer ignorar lo que la abuela podía tener que pedir tan largamente al bueno de San José.

—Muchas coqueterías te traes con San José—le dije en cuanto salimos de la iglesia.—Supongo que le has pedido muchas gracias en la larga estación que acabas de hacer delante de él.

—Una sola, Magdalena—dijo la abuela con una convicción absoluta.

—¡Ah!

—La gracia de un buen matrimonio para ti.

—¡Pobre abuela!

La ocasión era tan tentadora, que dije muy de prisa:

—Yo también he rezado por ti, querida abuela, aunque no para obtener la misma gracia. He suplicado a San José que te quite de la cabeza todo lo que pueda parecerse a una idea fija.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

